

# Saliva

Alberto García

*Cirujano general IMSS*

**L**unes, pase de visita extenso, médicos, estudiantes y nosotras, impecables. Vamos cama por cama para conocer a todos los pacientes, como peregrinación detrás de los doctores y su grupo estorboso de estudiantes, alcanzándoles los expedientes de cada enfermo, entregándoles en la mano las carpetas metálicas con actitud servil seguido de un “sí, doctor”, casi ceremonial.

Todo es más tardado con los pacientes prolongados. Llevan semanas sin salir al sol. Conectados a los ventiladores ruidosos. Ventiladores que monótonamente los inflan y desinflan con cada respiración mecánica, dieciséis por minuto, porque así marcan las guías, sin pausas, salvo cuando nos sacan los sustos. Cuando intentan despertar, o bien, todo lo contrario, tratan de dormir para siempre. El ventilador activa las alarmas, la monotonía cesa de golpe, corremos a la habitación, aspiramos, conectamos y administramos bolos de sedantes, relajantes y analgésicos. Si aún no están consumidos por la hospitalización prolongada, logran sobreponerse a las complicaciones propias de la intubación. Si ya son cascarones que latan débilmente, simplemente no regresan, se marchan, liberados por fin de los monitores, de nosotras. Con las costillas fracturadas por las compresiones en el tórax, por los violentos intentos para reanimarlos. Se marchan machacados.

Los prolongados son los que tienen la garganta congestiva. Los que tienen agolpados en la boca los secretos en forma de saliva. Son los que se encuentran en la agonía perpetua del primer piso del hospital. Producen más saliva de lo habitual. Son sus últimos deseos, las innecesarias palabras de despedida. No hubo tiempo de decirlas. Palabras atoradas en sílabas de vapor dentro del tubo que llevan en la tráquea, sin posibilidad de salir, de cumplirse. Esas últimas palabras que suplican la muerte. Súplica truncada por la incapacidad sentimental de sus familiares de decir adiós. Una venganza como hijos, para algunos, por los malos tratos de la infancia. En otras ocasiones, una medida para ganar

tiempo, contactar a los abogados y preparar el circo legal para repartirse las ganancias una vez que suceda el evento principal. Sea cual sea la intención, todos piden con los ojos llorosos “hagan todo lo posible, lo que sea necesario”.

Y sus caprichos se vuelven órdenes; los doctores obedecen y nosotras ejecutamos. *Señorita, inicie infusión de aminas vasoactivas a 10 mililitros por hora. Señorita, no olvide colocar la sonda nasogástrica y cuantificar por turno los centímetros cúbicos de bilis espesa. Señorita, control estricto de líquidos y palmopercusiones cada seis horas para impedir que sus pulmones se llenen de agua. Señorita, no olvide alternar los analgésicos y dele prioridad a los sedantes y relajantes musculares, no queremos que despierte, no debe despertar, podría arrancarse el tubo de la boca con las últimas fuerzas y caer en paro cardiorrespiratorio. Que esté bajo hipnosis, que sus músculos no opongan resistencia a la máquina, que se deje inflar y desinflar a dieciséis respiraciones por minuto, como lo marcan las guías. Y lo más importante, señorita, limpiar las secreciones, recuerde que, si se acumulan suficientes, pueden tapar el flujo de aire y morir.*

Morir por lo que hicieron, por eso no tienen visitas. Tienen tanto que decir, siempre están llenos de secreciones. De no aspirarse cada dos horas morirían ahogados en arrepentimiento. Les han negado esa posibilidad, al menos por otras dos semanas. El tubo los mantendrá vivos, pero ha truncado todo esfuerzo por redimirse. Hasta que las bacterias del hospital decidan intervenir. Tantas secreciones son el escenario perfecto para la reproducción matemática de bacterias carroñeras que se alimentan de pacientes como ellos, abandonados. Son ellas las que también se encargarán de descomponer sus cuerpos en partículas más simples, en esporas que serán levantadas y llevadas hasta las vías respiratorias de hijos, esposas y amantes, y así, a través de respiraciones indirectas, serán liberados de los pecados que hicieron en vida.

Suenan las alarmas, un ventilador se detuvo: es el 1502. En las indicaciones se ordenó control gentil de secreciones cada dos horas. No pasará de la noche, y, en un frasco de aspiración, quedará espesa y roja su inútil despedida.